

La promesa de Julia

Blue Jeans

La promesa de Julia

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2020, Francisco de Paula Fernández

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: marzo de 2020

ISBN: 978-84-08-22475-4

Primera edición impresa en México: agosto de 2020

ISBN: 978-607-07-7079-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

CAPÍTULO 1

Lunes, 11 de marzo de 2019

—¿Es importante la profesión del pasajero?

—Sí, es muy importante.

—¿No será cura?

La expresión en el rostro de Daniel cambia de repente. Julia lo mira fijamente esperando una respuesta. Yí Lin, que está sentada con ellos en la mesa de la cafetería de la facultad, también observa impaciente al joven.

—Sí, es cura —responde por fin Daniel después de unos segundos en los que ha tratado de mantener la expectación.

—Entonces, lo tengo —comenta Julia sonriente.

—¿Ya? ¿Has dado con la clave del caso? ¡No me lo puedo creer! —dice Yí fuera de sí—. ¡Tengo la amiga más lista del planeta!

Varias personas se giran hacia el trío de estudiantes tras escuchar los gritos de la muchacha de rasgos asiáticos nacida en un pueblo de Albacete.

—No hables tan alto —protesta Daniel molesto llevándose el dedo índice a la boca para pedirle a Yí que guarde silencio—. A ver, Julia, ¿cuál es la solución del enigma?

El chico le ha planteado a sus amigas el siguiente acertijo: Un hombre entra en un avión y se dirige a la parte trasera del

aparato. Viaja a Roma desde Madrid. Guarda su maleta en el portaequipajes y se acomoda en el asiento de la ventanilla, situado en la parte derecha de una de las últimas filas. Cierra los ojos para relajarse y respira hondo. No le gusta volar, pero esta vez no le queda más remedio. El avión despega y a los diez minutos de estar en el aire el hombre escucha algo que lo aterroriza. Se quita el cinturón de seguridad, se pone de pie y comienza a gritar como un loco. Está convencido de que su vida corre peligro. Instantes después, sus peores presagios se hacen realidad.

—¡Eso! ¡Di ya la solución! —exclama Yí, que ignora la petición de Daniel de no gritar—. Estoy intrigadísima.

—Puedo estar equivocada —comenta Julia, que da un sorbo a su taza de café antes de continuar—, pero yo creo que lo que ese hombre escuchó a los diez minutos del despegue fue la voz del piloto presentándose y anunciando las condiciones del viaje. ¿Es así, Dani?

—Correcto.

—Bien. El cura reconoció esa voz, la había escuchado hacía poco tiempo, en la iglesia. Imagino que el piloto habría ido a confesarse y le habría dicho que se iba a suicidar poniendo una bomba en el avión, estrellando el aparato o algo por el estilo. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Una bomba.

—¡Y al reconocer el cura la voz del tipo que le confesó que se iba a suicidar poniendo una bomba en un avión se vuelve loco y empieza a gritar, aunque ya sabe que va a morir! —exclama eufórica Yí, que se pone de pie—. ¡Menuda historia tan genial!

Daniel vuelve a mirar con cara de pocos amigos a la chica, que sigue llamando la atención de las personas que están sentadas cerca. Luego se centra de nuevo en Julia.

—Es una historia que leí en un libro de acertijos. ¿Cómo supiste que el pasajero era cura?

—Se me ha ocurrido cuando has dicho que viajaba a Roma. Iba al Vaticano, ¿verdad?

—Así es. Bien jugado.

—Ha sido suerte —asegura Julia mientras sonrío y se rasca la nuca—. Cuando me has confirmado ese dato, lo demás lo he visualizado rápidamente en mi cabeza.

—Ya me gustaría a mí tener esa cabeza —suelta Daniel resoplando.

A pesar de que le dicen cosas similares muchas veces, Julia siempre se avergüenza de los halagos que recibe por su inteligencia y su memoria prodigiosa. Ella es consciente de que posee una mente privilegiada, pero esta no funciona como la gente piensa. A esa mente hay que ponerla en marcha y eso no es tan fácil.

—He perdido la apuesta, así que el café de mañana lo pago yo —indica Dani, que apura su bebida antes de levantarse de la silla—. Tendré que buscar un problema más complicado. Eres demasiado lista.

—No es para tanto.

—Te voy a coger manía, Julia Plaza... Nos vemos ahora en clase.

El joven se despide de las dos chicas y se dirige a la puerta de la cafetería. Ambas lo siguen con la mirada hasta que desaparece por completo.

—Qué mono es. Me encanta.

—Casi no se te nota —comenta Julia con ironía.

—¿Crees que tengo posibilidades con él?

No es la primera vez que Yi le hace esa pregunta y ella nunca sabe qué responderle. Dani es un chaval bastante guapete. No es el tío más atractivo del mundo, pero tiene algo que llama la atención. Quizá sea su pelo ensortijado castaño, casi rubio, o sus ojos grandes y verdes. O a lo mejor es esa nariz larga y afilada que le da una personalidad especial a su

rostro. El caso es que a su amiga le gusta y, pese a que Yi suele soltar todo lo que se le pasa por la cabeza, no ha sido capaz de decírselo.

—Tienes las mismas posibilidades que cualquiera. No te infravalores —responde Julia, que no quiere darle muchas vueltas al tema. Luego se pone de pie—. Tengo que ir a recoger unas fotocopias a reprografía. ¿Me acompañas?

—Quedan cuatro minutos para la siguiente clase y necesito ir al baño antes.

—Vale, pues nos vemos ahora en Fundamentos Criminológicos.

—Qué divertido...

Julia sonríe al ver la cara de su amiga. No es precisamente la asignatura preferida de Yi; sin embargo, a ella le gusta. Lo poco que llevan estudiado durante el semestre le ha parecido muy interesante.

Las dos chicas se dan un achuchón y un beso en la mejilla y se separan. Yi ha sido un gran apoyo para Julia en los primeros meses en la universidad. También al revés. Ambas se han ayudado desde el principio, cuando todavía no conocían a nadie y trataban de adaptarse a esa nueva etapa de sus vidas.

Julia camina deprisa por uno de los pasillos de la facultad. No quiere llegar tarde a la siguiente clase, aunque sabe que ese profesor siempre se retrasa, como mínimo, cinco minutos.

—¡Julia! —grita alguien a su espalda.

La chica se detiene y se da la vuelta. Al que ve acercarse a paso ligero es, precisamente, al profesor de Fundamentos Criminológicos. Ernesto Valle está soltero y acaba de cumplir los treinta y cuatro años, según pudo cotillear Julia en su página de Facebook, abierta para todos los públicos. Se le ha empezado a caer el cabello por algunas zonas de la cabeza y

también se aprecia alguna cana en su barba, que suele llevar de tres o cuatro días. Pero por lo que más se caracteriza aquel hombre es por su voz profunda. Algunos de sus compañeros de clase lo llaman el Locutor. Y es que el profesor Valle podría haberse dedicado perfectamente a la radio o al doblaje.

—¿Tienes un momento? Me gustaría comentarte una cosa.

—Bueno. Voy a recoger unas fotocopias a reprografía y en menos de cinco minutos empieza su clase.

El hombre examina su reloj y asiente varias veces con la cabeza.

—Cierto. Bien. ¿Te puedes quedar después de clase?

—Tengo Psicología de la Personalidad.

—¿Y después?

—Después me voy a casa —contesta Julia, a la que tanta insistencia le está despertando una inmensa curiosidad—. Pero puedo quedarme un rato.

—Perfecto. Mi despacho es el 54. ¿Sabes dónde está?

—Sí. Conozco bien la universidad.

—Genial. Pues no te entretengo más. Te veo ahora en clase. No empezaremos hasta que llegues.

El hombre esboza una sonrisa y se gira para regresar por el mismo lugar por el que vino. La chica se queda pensativa durante unos segundos, confusa por la conversación que acaban de tener. ¿Qué querrá Ernesto Valle de ella?

La siguiente hora de clase se le hace muy larga. Antes de marcharse, el profesor le recuerda que han quedado, pero sigue sin darle ninguna pista acerca de lo que desea tratar con ella.

La clase de Psicología de la Personalidad es todavía peor. Julia tiene la sensación de que los minutos no avanzan. Al finalizar, resopla aliviada y recoge sus cosas a toda velocidad.

—Yi, vete sin mí. Cogeré el siguiente bus.

—¿Y eso?

—Ernesto Valle quiere hablar conmigo. Voy a su despacho.

—¿Sobre qué quiere hablar?

—No lo sé. No me lo ha dicho. ¡Hasta luego!

Julia le da un breve abrazo a su amiga y abandona corriendo el aula. En el trayecto hacia el despacho del profesor reflexiona sobre lo que puede querer aquel hombre de ella. ¿Habrá hecho algo mal? No recuerda que haya pasado nada por lo que pueda llamarle la atención. Además, el tono que ha empleado en la conversación ha sido amable. No, no va a echarle la bronca. ¿Y si es por alguna circunstancia relacionada con su pasado? ¿Habrá descubierto que era compañera de instituto de Aurora Ríos? ¿Y si se ha enterado de que ella fue una de las perjudicadas en la explosión que se produjo en el metro del aeropuerto a finales del 2017? Hasta ese momento nadie en la universidad le ha comentado nada sobre aquellas dos historias que han marcado los últimos dos años de su vida.

La puerta del despacho 54 se encuentra cerrada. La joven toca con los nudillos y la imponente voz de Ernesto Valle le anuncia que está abierto y que puede pasar. El hombre recibe a Julia de pie, aunque enseguida los dos toman asiento a ambos lados de una mesa de madera repleta de papeles y presidida por un ordenador portátil.

—Gracias por venir, Julia —dice el profesor, que entrelaza los dedos de las manos—. No me extenderé mucho.

—Tranquilo. Tengo tiempo. Mi autobús no sale hasta dentro de veinticinco minutos.

—Estupendo. De todas maneras, no te quiero entretener demasiado —comenta Ernesto, que hace una pausa de unos cuantos segundos. Luego sonrío y continúa hablando—. Me has impresionado.

—¿Impresionado? ¿A qué se refiere? —pregunta la chica muy confusa.

—Estaba en la cafetería cuando has resuelto el enigma que te ha planteado Daniel Durán. Yo ni siquiera me había aproximado a la solución. Ha sido fantástico ver cómo has ido tirando del hilo hasta dar con la respuesta.

—Bueno. He tenido un poquito de suerte.

—¡De suerte nada! ¡Tu capacidad de deducción es brillante! Y para alguien que estudia Criminología poseer esa cualidad es extraordinario.

La chica se siente abrumada por las palabras de su profesor. No esperaba que la charla fuera por ahí.

—Gracias —se limita a contestar Julia, que se ha sonrojado.

—Llevo observándote desde principio de curso. Eres muy buena; tengo la sensación de que te lo pasarás muy bien en la carrera —afirma Ernesto mientras abre un cajón de la mesa y saca una carpeta—. Esto es de lo que quería hablar contigo.

El profesor le entrega a Julia un dossier. La joven lo ojea por encima y comprueba que se trata de algo fechado en el año 2014. A simple vista, parece la documentación de un caso policial.

—Cada año, les doy la oportunidad a algunos alumnos de sacar matrícula de honor en mi asignatura —continúa diciendo Valle—. No me gusta ponerle esa nota a cualquiera. Creo que debe ser en exclusiva para el mejor de cada promoción. Este año tengo muy claro quién será una de las alumnas que aspiren a la matrícula. ¿Te gustaría intentarlo?

—Claro —responde tímidamente Julia, que pasa despacio las páginas del dossier—. ¿Qué tendría que hacer?

—Investigar ese caso; es de hace cinco años. Se trata de la muerte del psicólogo Pedro Juncosa.

—¿Tengo que investigar la muerte de este hombre? ¿Cómo?

—Eso depende de ti. Tu trabajo será reconstruir el caso y darme tu veredicto al final de curso. En esa carpeta tienes toda la documentación que necesitas para llegar a una conclusión.

—Pero se trata de un caso ya juzgado, ¿no?

—Sí, aunque el caso de la muerte de Pedro Juncosa es bastante particular. Está archivado como suicidio. El juez determinó que él mismo se había quitado la vida ahorcándose en su habitación.

—Y si es un suicidio, ¿qué tengo que investigar? Está claro lo que pasó.

—No está tan claro. Han pasado cinco años y todavía existen ciertas dudas sobre lo que sucedió exactamente, a pesar de lo que dictaminó el juez. Tu misión será convertirte en la criminóloga que serás en el futuro. Quiero que lo estudies todo y que elabores una teoría; eso será lo que yo valoraré, más allá de si finalmente crees que fue un suicidio o no. Sé que lo harás muy bien y que me convencerás para que te ponga esa matrícula de honor. ¿Qué me dices? ¿Aceptas el reto?